

UN PARTIDO EN BUSCA DE IDENTIDAD*.

LA DIFÍCIL TRAYECTORIA DEL EUROCOMUNISMO ESPAÑOL (1975-1982)

Emanuele Treglia
LUISS-CIHDE

Divergencias, abandonos, expulsiones y un sinfín de polémicas fueron los rasgos que caracterizaron la vida del Partido Comunista de España (PCE) entre 1980 y 1982. Las manifestaciones y mítines multitudinarios que habían acompañado su salida a la superficie durante el final de la dictadura y el comienzo de la Transición parecían ya imágenes de un pasado lejano. Se ha dicho que Carrillo, tras el Sábado Santo Rojo, logró en cinco años algo que Franco no había conseguido en cuarenta: la destrucción del PCE. Esta afirmación, correcta por múltiples razones, resulta sin embargo demasiado simplista, ya que atribuye exclusivamente al secretario general las responsabilidades de la profunda crisis que, después de 1979, afectó al que había sido «el partido del antifranquismo». Se trató de un fenómeno más complejo y multidimensional.

En efecto, a lo largo de las décadas de clandestinidad y exilio, en el interior del PCE habían tomado forma proyectos que implicaban modelos ideológicos y organizativos muy distintos y que se fundaban en culturas políticas aparentemente inconciliables y antagónicas. La imposibilidad de alcanzar una síntesis, que se fue haciendo manifiesta después de la legalización y aún más con el cierre de la etapa del *consenso*, determinó el ocaso del eurocomunismo español.

Aunque dicha denominación surgió sólo a mitad de los setenta, en realidad fue el resultado

de un proceso de renovación cuyos orígenes se remontan al cambio de rumbo de la política del PCE, que se produjo veinte años antes y cristalizó en 1956 con la fórmula de la Reconciliación Nacional.¹ Como se sabe, el planteamiento de esta nueva línea del partido propugnaba la necesidad de superar la división de los españoles entre vencedores y vencidos, y, en consecuencia, la formación de un amplio frente interclasista capaz de derrumbar el régimen franquista y restablecer las libertades. Con el fin de presentarse como un aliado creíble y responsable, el PCE empezó a construirse paulatinamente una nueva imagen, dejando de lado las posturas más ortodoxas propias del movimiento comunista internacional y acercándose al universo de valores y principios vigente en las democracias occidentales. En esta óptica, después de haber renunciado al comienzo de los cincuenta a la lucha armada con la apuesta por formas pacíficas de oposición, el partido llegó a la aceptación del parlamentarismo y del pluripartidismo; en los años siguientes su programa se fue caracterizando por una creciente moderación. La instauración del socialismo seguía siendo su objetivo, pero tenía que lograrse mediante la vía democrática y respetando los derechos y libertades de las otras fuerzas políticas y capas sociales.²

La fidelidad ciega hacia la URSS ensombrecía las profesiones de fe democrática del PCE: los

comunistas españoles, por lo tanto, se encontraron ante la disyuntiva de las exigencias de su estrategia de lucha antifranquista y de la búsqueda de alianzas para la misma, por un lado, y la aceptación de la disciplina dictada por Moscú, por el otro. Dado que las dos dimensiones, nacional e internacional, se hacían cada día más incompatibles, el PCE optó por la primera. El comienzo de los enfrentamientos entre el partido de Carrillo y la «casa madre» soviética se produjo en 1968, cuando los comunistas españoles condenaron duramente la intervención de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia. Desde entonces, el PCE no sólo reivindicó la necesidad de una total independencia de cada partido en la elaboración de su propia política y reclamó un movimiento comunista internacional «unitario en la diversidad»; empezó también a criticar la excesiva burocratización del modelo sociopolítico vigente en los países del telón de acero.³ Estos factores explican por qué, a la altura de 1974, las relaciones de los comunistas españoles con los «camaradas» del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) parecían ya visiblemente «deterioradas».⁴

Desde la década de los veinte, la identidad de los Partidos Comunistas se había fundado sustancialmente en dos pilares: la adopción del marxismo-leninismo y el apoyo incondicional a la URSS. El PCE llevaba años socavando ambos, y en las próximas páginas veremos cómo y en qué medida acabó de derrumbarlos con la adopción y desarrollo de la fórmula eurocomunista. Abandonadas las viejas señas de identidad, ante el partido de Carrillo se presentaba la necesidad de sustituirlas por otras que sintetizaran su nuevo proyecto político. Este proceso de redefinición coincidió con la puesta en marcha de la democratización del sistema político español. La superposición de las dos transiciones requería que los comunistas no sólo llevaran a cabo un cambio de identidad sin precedentes para un P. C. de aquellos años, sino también que adoptasen nuevas modalidades organizativas y prácticas políticas capaces de fortalecer la frágil

democracia naciente y, al mismo tiempo, asegurar al partido un espacio político significativo en el nuevo sistema. El intento de satisfacer estas diferentes exigencias, a menudo contrapuestas, llevó el PCE a acumular múltiples contradicciones que acabaron por sacar a la luz la heterogeneidad de posturas y planteamientos presentes en sus filas y producir su cortocircuito.

Configuración del eurocomunismo español

En el momento de la muerte de Franco el PCE constituía el elemento más fuerte y organizado de la oposición ilegal.⁵ Su evolución ideológica y su gran capacidad movilizadora lo habían acreditado como un aliado viable y le habían permitido romper gradualmente su aislamiento y tomar parte en varios organismos unitarios, como la Asamblea de Catalunya y la Junta Democrática. Entre finales de 1975 y comienzos de 1976, al mismo tiempo que su dirección exiliada volvía de forma clandestina a España, el partido intentó imponer su ideal *rupturista* mediante una dinámica de movilización controlada, a cargo, principalmente, de las Comisiones Obreras (CC OO). Cuando en la primavera de 1976 dicha perspectiva se desvaneció, el PCE rebajó sus objetivos máximos y, temeroso de verse excluido del proceso de cambio, centró sus esfuerzos en lograr algún tipo de negociación con las élites procedentes del franquismo que se hallaban en el poder.⁶

En ese contexto, aproximadamente entre la celebración de la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros de Europa (junio de 1976) y la publicación de la obra de Carrillo *Eurocomunismo y Estado* (mayo de 1977), se produjo la primera enunciación explícita de la fórmula eurocomunista española, que sistematizaba las teorías elaboradas en las últimas dos décadas y esbozaba a la vez algunos elementos nuevos. A nivel internacional, el punto de partida consistía en el rechazo de todo centro dirigente del movimiento comunista.⁷ Esta afirmación iba acompañada por la consideración de la URSS

como una potencia que trataba de imponer su sistema a otros países, y que no basaba sus relaciones con los partidos «hermanos» en los principios de la solidaridad internacionalista, sino en su razón de estado, es decir, utilizaba a los otros partidos comunistas esencialmente como instrumentos al servicio directo de sus intereses particulares.⁸ Las críticas del PCE no se limitaban al ámbito de actuación exterior de Moscú: su principal novedad era que, por primera vez, llegaban hasta el punto de negar la misma naturaleza socialista del modelo soviético.

Con este propósito, el secretario general español escribía que el Estado nacido de la Revolución de Octubre presentaba «una serie de rasgos formales similares a los de las dictaduras fascistas»: la clase obrera no disponía de libertades básicas y no podía participar realmente en el proceso de toma de decisiones, mientras que una reducida «capa burocrática» poseía «un poder político inmoderado y casi incontrolado». La fusión a todos los niveles entre el partido único, dominado por dicha élite, y el aparato institucional, daba como resultado un Estado que se colocaba «por encima de la sociedad», impidiendo «el desarrollo de una auténtica democracia obrera».⁹ La URSS, por lo tanto, presentaba un sistema sociopolítico que obviamente no era capitalista, pero que tampoco era socialista, y que no podía llegar a serlo sin modificaciones radicales.

Constatados los profundos defectos inherentes al modelo soviético, que de hecho estaban provocando su creciente descrédito a escala mundial, el PCE concebía el eurocomunismo como un intento de crear un nuevo esquema teórico-práctico capaz de promover una mayor adaptación de los partidos comunistas al contexto de los países capitalistas desarrollados, y con ello favorecer su integración sistémica y permitir una revitalización del ideal comunista. En el ámbito internacional, aprovechando el nuevo clima fruto de la distensión, ya analizado en la introducción de este monográfico,¹⁰ se propugnaba la superación de la lógica de los

bloques. Consecuentemente, se preconizaba el no alineamiento de España y, más en general, una Europa plenamente independiente y libre de bases extranjeras. A este propósito, cabe subrayar que el PCE en su VIII Congreso (1972) se había pronunciado a favor de la integración europea.

Esta toma de posición se entrelazaba con el progresivo alejamiento de Moscú, que requería la creación de un nuevo modelo de internacionalismo para sustituir al anterior, surgido en la III Internacional. La nueva concepción internacionalista elaborada por los comunistas españoles en los setenta se basaba en una inversión radical de las prioridades tradicionales: ya no tenía como piedra de toque la defensa de las necesidades de la «patria del socialismo», sino que tomaba como punto de partida las exigencias propias del ámbito territorial más cercano, incluso en el caso de que se opusieran a las soviéticas. Postulaba que la eficacia de la acción desarrollada por la libre coordinación de los partidos comunistas a escala mundial fuese directamente proporcional al grado de enraizamiento de cada uno de ellos en su específica realidad local, nacional y continental. Suprimido, pues, el principio de obediencia al PCUS, los españoles empezaron también a restablecer relaciones con algunos partidos comunistas disidentes, como por ejemplo el chino. El nuevo tipo de internacionalismo propugnado por el PCE se extendía más allá de los límites del movimiento comunista, ya que aspiraba a incluir también a las otras fuerzas revolucionarias para concretar un «frente antiimperialista mundial» más amplio. El alcance de este cambio se comprende si se observa, por ejemplo, que en la vecina Portugal el PCE prefería mantener relaciones con los socialistas de Soares que con los comunistas ortodoxos de Cunhal. Bajo esa óptica, la colaboración con los partidos comunistas italiano y francés en el marco del eurocomunismo no estaba concebida como algo cerrado, sino como el primer paso necesario hacia la convergencia de los comunistas con los otros elementos progresistas del Viejo Continente para democratizar la «Europa

de los monopolios» hasta convertirla en una «Europa socialista».¹¹

La búsqueda de legitimación dentro de España requería que el PCE renovase ulteriormente su discurso y principios ideológicos. En este sentido, finalmente llegó a rechazar la dictadura del proletariado: si en 1972 Carrillo todavía intentaba defender dicha fórmula, con su contradictoria afirmación de que «la concepción marxista de la dictadura de las fuerzas revolucionarias socialistas en el período de transición se identifica, dialécticamente, con la más amplia democracia»,¹² cinco años más tarde declaraba que «la dictadura del proletariado no es el camino para llegar a establecer y consolidar la hegemonía de las fuerzas trabajadoras en los países democráticos de capitalismo desarrollado», dado que en estos países la vía para llegar al socialismo era la «de la democracia, con todas las consecuencias», y eso conllevaba «la negación de toda concepción totalitaria de la sociedad».¹³

El eurocomunismo, a partir de la renuncia definitiva a los métodos insurreccionales y la adopción de una perspectiva de cambio más gradualista y a largo plazo, se replanteaba la revolución como una «guerra de posiciones» y no como una de «movimientos».¹⁴ En primer lugar se situaba el problema central de la conquista del poder, que no debía alcanzarse mediante un «asalto al Palacio de Invierno», sino por la vía electoral. Según el PCE, la victoria en las elecciones llegaría como resultado de la «hegemonización» de la sociedad civil, es decir, mediante la progresiva ocupación de sus «fortalezas y casamatas». De esa forma, la puesta en marcha de las transformaciones en sentido socialista se configuraría como una «revolución de la mayoría». La inspiración gramsciana es evidente, y aún más si se considera que esta labor tenía que llevarse a cabo gracias a la Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura (AFTC). La AFTC era un concepto enunciado por los comunistas españoles en la segunda mitad de los sesenta bajo el influjo del 68 y, sobre todo, del crecimiento de las movilizaciones obreras y

estudiantiles en el interior. Como deja intuir su nombre, preconizaba la estrecha colaboración y vinculación entre los trabajadores manuales y los sectores intelectuales progresistas, que para el PCE sería el eje que permitiría penetrar profundamente en los diferentes ámbitos del tejido social, y plantar allí las semillas de la conciencia socialista.¹⁵ Conforme a esta perspectiva, a la muerte de Franco el PCE contaba en sus filas con numerosos profesionales incorporados durante las dos últimas décadas, como Cristina Almeida, Ramón Tamames o Eugenio Triana.

Hay que añadir otro elemento que, según ha dicho Pilar Brabo, constituía «la clave de la política eurocomunista»: la creación de una «nueva formación política», definida también como un «bloque sociopolítico de progreso» y compuesta por todas las fuerzas interesadas en la edificación del «socialismo en libertad». En su marco, adquiriría una importancia crucial la reunificación de comunistas y socialistas o socialdemócratas. El PCE la consideraba posible en la medida en que los primeros se librarán de los rasgos dogmáticos y antidemocráticos de su política anterior y los segundos recuperasen la voluntad revolucionaria dejando atrás su excesivo reformismo. El eurocomunismo se configuraba así como una tercera vía entre el modelo soviético y el socialdemócrata. Cabe subrayar que de esta manera se aspiraba explícitamente a reparar la fractura producida por la III Internacional.¹⁶ Sin embargo, precisamente la III Internacional, con las 21 condiciones aprobadas en 1920, había creado los partidos comunistas propiamente dichos: el PCE, por lo tanto, con la propuesta eurocomunista, pretendía anular los efectos de lo que había sido el acta fundacional de su identidad histórica. El apego al pasado tenía que dejar paso al intento de refundar la izquierda adaptándola plenamente a una sociedad española moderna. En este sentido, al núcleo central de la nueva formación, compuesto por comunistas y socialistas, tenían que sumarse tanto los exponentes de los sectores más dinámicos (la AFTC iba en esa dirección) como los movimientos de

nuevo cuño (ecologista, feminista, pacifista, etc.), para lograr así una presencia ramificada en todo el tejido social.

Ésta representaba una condición indispensable para el éxito del proyecto transformador postulado por el eurocomunismo del PCE, que fundamentalmente consistía en propiciar y diversificar las formas de control democrático de la sociedad sobre la gestión del poder público:

Se trata [escribía Triana] de estructurar progresivamente lo que podíamos llamar un *sistema integrado de democracia*, donde el papel esencial del sufragio y la soberanía del Parlamento se complementa con mecanismos diversos de control democrático que van incorporando a la gran mayoría de la población a un papel activo y protagonista en la política de todos los días. [...] La introducción de las formas autogestionarias, la descentralización de las funciones que corresponden a las administraciones públicas, son parte de esa línea de aproximar los centros de decisión a la vida real de las personas. Es el contenido de la práctica del eurocomunismo.¹⁷

El PCE con su evolución ideológica había llegado a juzgar el sistema europeo como esencialmente válido en lo político: la afirmación del socialismo, por lo tanto, no tenía que producirse mediante su destrucción, sino por medio de una reorientación de los aparatos ideológicos del Estado y de una ampliación de los derechos, libertades y canales representativos a disposición de los ciudadanos. Sobre todo, debía lograrse la extensión de la democracia también al ámbito económico, a través de mecanismos de participación efectiva de los trabajadores en las decisiones concernientes la producción. Con la constatación de la imposibilidad de derrumbar de un día para otro el capitalismo sin provocar graves traumas, se aceptaba la convivencia durante un largo período del sector privado con el público. Estas transformaciones, impulsadas por los comunistas y las otras fuerzas de vanguardia, ya desde la oposición, y puestas en marcha definitivamente después de la llegada de la «nueva formación» al Gobierno, permitirían

el primer paso a la democracia político-social, y luego al socialismo.¹⁸

Desarrollo del eurocomunismo en la etapa del *consenso*

Desde 1968, la progresiva delineación de los elementos que definían el eurocomunismo había constituido una fuente de continuas fricciones entre el PCE y el PCUS. Después de la publicación de *Eurocomunismo y Estado* se produjo la «rendición de cuentas» definitiva entre los dos partidos. La revista soviética *Novoie Vremia* publicó dos artículos que acusaban Carrillo de revisionismo y de haber roto con la solidaridad internacionalista, así como de «denigrar el socialismo que realmente existe» y rechazar el comunismo científico teorizado por Marx y Lenin y, por lo tanto, favorecer «los intereses del imperialismo y de las fuerzas de la agresión y la reacción». El partido español reaccionó con una declaración que afirmaba la necesidad de desterrar de las relaciones entre los PPCC las prácticas del «anatema y la excomunión».¹⁹

Los artículos de *Novoie Vremia* representaban el ataque más duro lanzado por Moscú contra el eurocomunismo hasta entonces. Según Semprún, Brezhnev había elegido al secretario español como blanco principal de su ofensiva contra la corriente «herética» no sólo porque era quién había ido más lejos en sus críticas hacia el socialismo real y en sus propuestas renovadoras, sino también por razones tácticas:

En primer lugar, porque considera que el partido español es el eslabón más débil del frente eurocomunista. [...] Además, el ensayo de Carrillo, 'Eurocomunismo y Estado', se presenta taxativamente como un trabajo personal, que no implica automáticamente el acuerdo del resto del grupo dirigente del PCE. Concentrar el fuego sobre Carrillo por parte de los jerarcas de Moscú tiene, pues, una doble intención: romper el frente eurocomunista de los tres grandes partidos de Europa Occidental y meter una cuña entre Carrillo y algún sector del grupo dirigente español.²⁰

El PCUS obtuvo en parte los efectos esperados. En el frente eurocomunista se abrió una primera grieta, pues los partidos comunistas italiano y francés adoptaron una actitud contradictoria: no se pusieron claramente al lado de Carrillo, sino que intentaron desempeñar una difícil labor mediadora entre PCUS y PCE, auspiciando que los contenidos de *Eurocomunismo* y *Estado* pudieran discutirse libremente, pero evitando a la vez avalarlos explícitamente.²¹ Esto evidenció las dificultades que subyacían bajo la perspectiva de desarrollar una efectiva política común por parte de los tres partidos eurocomunistas.

En el PCE ya se habían producido abandonos prosoviéticos como los de Lister, García y Gómez. Sin embargo, en el interior del partido quedaban relevantes sectores aún fieles al modelo de internacionalismo tradicional que fueron emergiendo paralelamente al avance de la fórmula eurocomunista. Así, en 1977 la Oposición de Izquierda (OPI)²² se escindió del PCE fundando el Partido Comunista de los Trabajadores (PCT), que en 1980 se fusionó en el Partido Comunista de España Unificado (PCEU). También en 1977, como reacción a la Cumbre Eurocomunista de Madrid, doscientos militantes difundieron un comunicado con el que, en defensa de la URSS y del movimiento comunista internacional, expresaban su deseo «de destituir a la dirección carrillista».²³

La polémica en torno a *Eurocomunismo* y *Estado* tuvo el efecto de acentuar las fricciones dentro del PCE y crear las condiciones que dieron pie a las crisis posteriores. De hecho, no sólo en la militancia seguía habiendo un prosovietismo larvado e insidioso, sino también en la dirección del partido: Pasionaria, por ejemplo, no ocultaba sus simpatías hacia «los logros de la URSS» y no hay que olvidar que el KGB llevaba unos años financiando secretamente a Ignacio Gallego.²⁴ Además, para fomentar el desarrollo de corrientes prosoviéticas, desde 1978 el Kremlin empezó a publicar también en España *Novoie Vremia*, con el título de *Tiempos Nuevos*.

Por otro lado, el eurocomunismo constituyó un poderoso factor de legitimación para el PCE. Su esfuerzo en desarrollar teorías orientadas a conciliar socialismo y valores occidentales; su alejamiento de Moscú, y una práctica política cada día más moderada, que lo había llevado de posiciones rupturistas a otras pactistas, lo habían dotado de una nueva imagen que consiguió reducir la desconfianza hacia él. La elección de la vía nacional había dado sus frutos, y había permitido que la dimensión objetiva de la evolución comunista fuese reconocida también por la percepción subjetiva de los otros actores.²⁵ Esto, junto a su capacidad movilizadora, permitió al partido de Carrillo alcanzar un objetivo que había representado una de las mayores incógnitas de la primera fase de la Transición: su legalización en abril de 1977. En efecto, como se hizo evidente con ocasión de la Cumbre Eurocomunista de Madrid, en marzo de 1977, buena parte de la opinión pública española e internacional aceptaba las profesiones de fe democrática y la independencia del PCE.²⁶ Resulta curioso señalar que Kissinger, aun coincidiendo *grosso modo* con esa valoración, aconsejase dejar a los comunistas españoles por el momento fuera de la legalidad, con base en razones geopolíticas.²⁷

En las primeras elecciones democráticas el PCE obtuvo el 9,2% de votos, configurándose así como el tercer partido después de la Unión de Centro Democrático (UCD), con el 34,7% y el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), con el 29,2%. Estos resultados acababan de invalidar las dos grandes esperanzas cultivadas por los comunistas a propósito del posfranquismo: no se había producido ruptura, ni el PCE había logrado afirmarse como la primera fuerza de izquierda.

La llegada de las libertades requería que el partido de Carrillo tradujera en práctica política concreta y diaria las teorías eurocomunistas. La extrema precariedad de la nascente democracia aconsejaba que las cuestiones de carácter fundacional se abordasen mediante la estrecha colaboración de las principales fuerzas políticas.

Esta exigencia, generalmente reconocida, llevó al llamado *consenso*, cuyos principales frutos fueron el pacto constitucional y los acuerdos de la Moncloa.²⁸ Pero los actores tenían visiones muy diferentes al respecto. El PCE, por su política de amplias alianzas, sus perspectivas de concreción de un bloque de progreso, y la influencia que acusaba del compromiso histórico italiano, aspiraba a desarrollar una política tripartidista con UCD y PSOE que desembocase en un gobierno de concentración democrática. Dicha propuesta tenía como objetivo inmediato y explícito asegurar la estabilidad del cuadro económico-político. Al mismo tiempo, sin embargo, constituía un intento de los comunistas de ejercer un poder mayor del que les habían otorgado las urnas para empezar su gradual instalación en el aparato institucional y poner en marcha un proyecto de carácter hegemónico.²⁹ En este marco, los pactos se consideraban no sólo la antecámara del gobierno de concentración, sino también el primer paso hacia la democracia político-social. Si la Constitución debía afirmar las libertades fundamentales, que luego tenían que extenderse y en las que habría que profundizar, a los acuerdos de la Moncloa también se les asignaba un papel trascendental: al mismo tiempo que reparaban la economía, prevenían una ampliación de la intervención estatal y una reestructuración del gasto público que, según la lectura del PCE, creaban las premisas para una progresiva socialización de la producción.³⁰

Los deseos del PCE chocaron con la realidad. En efecto, UCD y PSOE concebían el *consenso* sólo como algo circunstancial; se consideraban a sí mismos los dos pilares de un sistema bipartidista o de bipartidismo imperfecto, lo que significaba que estaban en competición directa para ser la única fuerza de gobierno. Además, el anticomunismo presente en las filas de ambos partidos permitía una colaboración puntual con el PCE, pero hacía inviable una alianza gubernamental con él.³¹

A pesar de estos factores, los comunistas siguieron defendiendo su línea de concentración

democrática, incluso cuando este intento exigió importantes sacrificios. En este sentido, la tarea principal del PCE relacionada con los pactos de la Moncloa consistió en hacer que CC OO lograra que los obreros aceptasen los recortes salariales, evitando con ello huelgas y protestas. Mas, en general, la necesidad de presentar una imagen responsable, el impacto del golpe de Estado en Chile y el fantasma de la Guerra Civil aconsejaban prudencia y empujaban hacia el compromiso, lo cual condujo a los comunistas no sólo a la desmovilización, sino también al abandono de las reivindicaciones republicanas y a la renuncia a utilizar el carácter de «partido del antifranquismo» como recurso de identidad y de lucha política. Ésta fue la contribución del PCE al llamado «pacto del olvido». Hay que añadir que la voluntad del PSOE de correr en solitario como alternativa de poder invalidó la perspectiva eurocomunista de reunificación entre socialistas y comunistas, pero también hizo que el PCE, en su búsqueda de la unidad entre los partidos mayoritarios, se constituyera hasta 1979 en principal sostén de Suárez, al mismo tiempo que acusaba al PSOE de irresponsabilidad y miopía política.

En la situación española, por lo tanto, las teorías eurocomunistas fueron privadas de sus elementos más dinámicos y transformadores, y desembocaron, así, en una práctica política extremadamente moderada.³² El PCE a nivel retórico pretendía ser un «partido de lucha y de gobierno», sin embargo, su actuación concreta lo convirtió en un partido que ni luchaba ni gobernaba.³³

Estas contradicciones, además de deberse a la correlación de fuerzas y al contexto general, fueron también producto de los cambios organizativos adoptados por los comunistas en el tránsito de la clandestinidad a la legalidad. En el verano de 1976 el partido había decidido dejar de utilizar las células como unidad de base, y reemplazarlas por las agrupaciones con la finalidad de permitir la integración en sus filas de los numerosos afiliados nuevos: se pasaba así del

reducido número de personas que componían cada célula, a las ciento cincuenta o doscientas de cada agrupación. Al mismo tiempo, se determinó que las agrupaciones debían basarse en el criterio territorial, no sectorial, para lograr la homogenización del partido.³⁴ Estos cambios conllevaron dos graves problemas: las dimensiones excesivas de las agrupaciones dificultaban enormemente una discusión efectiva y dinámica en su interior; por otra parte, la territorialización debilitaba la presencia comunista en los movimientos sociales diferentes del sindical e impedía abordar eficazmente las cuestiones sectoriales, como se hizo evidente en el caso de los profesionales, los cuales no disponían de lugares de encuentro alternativos, como podía ser la fábrica.³⁵ Estas dificultades imposibilitaban aquella hegemonía en el tejido social que constituía la piedra de toque del proyecto eurocomunista, lo que minaba sus posibilidades de éxito.

Hay que añadir otro elemento al análisis: la vuelta de los dirigentes exiliados. Eran «veteranos de la revolución» que, una vez en España, pretendieron tomar el control de todos los procesos de toma de decisión y elaboración teórica, imponiéndose así sobre los aparatos locales preexistentes.³⁶ Considerando, además, que la lógica de los pactos entre las élites concentraba la mayoría de las tareas políticas en manos del grupo parlamentario, se comprende por qué las actividades de las agrupaciones quedaron reducidas por un lado a la aceptación pasiva y ejecución acrítica de las líneas establecidas por arriba, y, por el otro, al trabajo oscuro, es decir, pagar cuotas, «pegar carteles o barrer la sede».³⁷ Los dirigentes realizaban así una explotación de los militantes: les impedían participar en el proceso de toma de decisiones del partido al mismo tiempo que efectuaban una «extracción de plusvalía» de su trabajo de base, utilizándola como capital político y electoral.³⁸ Estos problemas, relacionados con las agrupaciones, pero, como veremos más adelante, también con el centralismo democrático, afectaban gravemente a la fórmula eurocomunista. Su elaboración a lo lar-

go del franquismo había sido el producto de la interacción constante entre «abajo» y «arriba», es decir, entre las culturas militantes del interior y la política esbozada en París: en cambio, las nuevas modalidades organizativas rompieron con este círculo y el resultado fue un progresivo anquilosamiento tanto a nivel teórico como práctico.

A finales de 1977, mientras empezaban a manifestarse las primeras dificultades relativas a la adaptación de los comunistas a la nueva situación española, durante un viaje a EE. UU. Carrillo anunció que en su próximo congreso el partido abandonaría el leninismo. Con la áspera polémica que había seguido a la publicación de *Eurocomunismo y Estado*, el PCE había acabado de derrumbar definitivamente uno de los dos pilares básicos de la identidad tradicional de los PP. CC.: la supeditación a la URSS. Ahora estaba a punto de renunciar oficialmente también al otro, es decir, a la adopción del marxismo-leninismo. La argumentación fundamental aducida para justificar esta elección era que las teorías de Lenin, aunque fueran justas en su época, no eran aplicables al contexto de los años setenta. Sánchez Montero, por ejemplo, escribía:

No se trata de abandonar o no el leninismo. Se trata de que la vida, el desarrollo económico, político y social, sobre todo en los países de capitalismo desarrollado como España, han superado muchos planteamientos fundamentales de Lenin. [...] ¿Es posible elaborar hoy la estrategia y la táctica del Partido partiendo de la idea fundamental de que las guerras mundiales interimperialistas son inevitables, de que esas guerras provocarán una gran crisis revolucionaria que debe ser aprovechada por el proletariado para transformar la guerra imperialista en guerra civil, tomar el poder a través de la insurrección armada, destruir el Estado burgués y establecer férreamente la dictadura del proletariado? Está claro que eso no es posible hoy. [...] No es posible la insurrección armada. No es posible la destrucción completa del Estado burgués. No es posible, ni necesario, ni conveniente, el establecimiento de la dictadura del proletariado para construir el socialismo.³⁹

Se deducía que ya no era posible «basar en el leninismo una voluntad comunista realmente operante en la transformación de la realidad».⁴⁰ Así, en su IX Congreso, celebrado en abril de 1978, el PCE pasó a definirse simplemente como «marxista revolucionario». La especificidad de la identidad comunista quedaba notablemente difuminada. Con esta operación de redefinición de sus referencias el partido intentaba afirmar la idea de que las deformaciones que se habían producido en la URSS no eran algo consustancial a la doctrina marxista, sino que se habían debido a las contingencias históricas en que se produjo la Revolución de Octubre. Se deducía, por lo tanto, que el eurocomunismo, al desarrollarse en un contexto totalmente diferente, en el que el capitalismo se encontraba en un estadio avanzado y ya estaban garantizados los derechos y libertades básicas, sería inmune a los aspectos dogmáticos y antidemocráticos del modelo vigente en los países del socialismo real. Esta postura encerraba múltiples contradicciones, como demuestra el hecho de que la dictadura del proletariado, que los comunistas españoles presentaban como una fórmula leninista, en realidad era un concepto elaborado por el propio Marx.⁴¹ Al mismo tiempo, el partido de Carrillo mantenía un principio organizativo clásico de Lenin: el centralismo democrático.

El abandono del leninismo causó protestas entre la militancia. En numerosas cartas enviadas a la dirección a este propósito se afirmaba que de esta forma se creaba en el partido «un vacío de identidad y de contenido» que dejaba «el barco sin brújula».⁴² Más en general, se evidenciaba su falta de oportunidad, incluso por parte de quien estaba de acuerdo con dicha medida, dado que el PCE estaba atravesando una fase en que ya había pedido a sus miembros bastantes renunciadas. Efectivamente, con ocasión del IX Congreso empezó a manifestarse la existencia en diferentes sectores comunistas de un malestar debido a la trayectoria desarrollada por el partido durante la primera parte de la Transición.⁴³ El informe de Carrillo, al mismo

tiempo que defendía la política realizada por el PCE, señalaba proféticamente que se estaban creando movimientos divergentes en el interior del partido: por un lado, los que temían que cambiasen demasiadas cosas y que eso supusiese perder las señas de identidad; y por el otro, los que temían que las cosas no cambiasen lo bastante.⁴⁴

Balkanización del PCE y ocaso del eurocomunismo

Las elecciones de 1979, celebradas después de la entrada en vigor de la Constitución, cerraron la etapa del *consenso*.⁴⁵ La UCD y el PSOE, que obtuvieron respectivamente el 35,1% y 30,5% de los votos, se configuraron aún más como fuerza y alternativa de gobierno. El resultado conseguido por el PCE (10,8%), a pesar de ser un avance respecto al de 1977, supuso una decepción para los comunistas, que esperaban que su esfuerzo en favor de la estabilización sociopolítica y sus repetidas pruebas de responsabilidad conllevaran un progreso más significativo. Sin comprender que las otras fuerzas habían enterrado la lógica de pactos con que se habían abordado las cuestiones fundacionales del nuevo régimen, el partido de Carrillo siguió defendiendo en su práctica política la línea de concentración democrática hasta 1982. Sin embargo, a diferencia del período anterior, intentó conseguirlo mediante un alejamiento de UCD y un acercamiento al PSOE, tanto a causa de la mayor inclinación del partido gubernamental hacia la derecha, como por la perspectiva de unidad de la izquierda intrínseca a la propuesta eurocomunista.⁴⁶ Los pactos municipales constituyeron quizás el producto más significativo de la colaboración entre comunistas y socialistas y permitieron a la izquierda conseguir buenos resultados en las elecciones locales celebradas también en 1979. El PCE pudo así contar con numerosos alcaldes y concejales a lo largo de la geografía española y eso, según la perspectiva eurocomunista, permitía constituir un contrapoder y aumentar los espacios de democracia

de base.⁴⁷ Sin embargo, como era previsible, el PSOE no quiso extender la alianza con los comunistas más allá de los pactos municipales, como también se puso de manifiesto en el plan sindical con la divergencia a propósito del Acuerdo Marco Interconfederal. La postura de los socialistas, por lo tanto, hizo inviable el camino hacia la concreción de uno de los puntos cruciales del proyecto eurocomunista.

Desde un punto de vista más general, el fin del *consenso* puso al PCE ante la necesidad de definir con más precisión su identidad y su espacio en el sistema. Hay que tener en cuenta que, a pesar del progreso electoral, el partido estaba experimentado una caída vertiginosa de su nivel de afiliación: en Madrid, por ejemplo, a finales de 1979 se contaban 23.022 carnets, mientras que en 1977 su número alcanzaba los 31.895.⁴⁸ Era el síntoma de problemas profundos. Aflojaron, así, las debilidades y contradicciones relativas al desarrollo del eurocomunismo hasta entonces. El resultado fue la balcanización del PCE, es decir, su división en tres macrogrupos que podemos definir esquemáticamente como ortodoxo, eurocomunista oficialista y eurocomunista renovador.

Los ortodoxos rechazaban el eurocomunismo porque lo identificaban con «derechización, pérdida de sustancia comunista y política internacional 'vacilante'». ⁴⁹ Representaban la reacción previsible por parte de la tradición a la evolución experimentada por el PCE. Arraigados sobre todo en la clase obrera, se hacían portavoces del descontento de una base comunista que durante la Transición, por un lado, había sido privada de referencias claras y casi ancestrales de identidad, y por el otro, había realizado muchos sacrificios sin que éstos condujesen a los resultados prometidos por la dirección del partido. El blanco principal de sus críticas en este sentido eran los pactos de la Moncloa que, lejos de abrir las puertas a la democracia político-social, simbolizaban la renuncia del PCE a la lucha de clases en favor de una «lucha de frases» que apenas enmascaraba la ansiedad de

Carrillo por participar en el gobierno, incluso a costa de ser el mejor aliado de la derecha y en detrimento de las exigencias de los militantes comunistas.⁵⁰

Los ortodoxos no eran un grupo homogéneo, sino que se dividían en dos tendencias: los prosoviéticos y los leninistas. Aunque la diferencia entre ellos no siempre era neta y definida, se puede decir que los primeros reivindicaban la validez de la identidad comunista tradicional en cuanto a tal y pertenecían sobre todo a la «vieja guardia». ⁵¹ Los segundos, procedentes en muchos casos de la militancia obrera surgida en los sesenta, tenían una visión menos dogmática que los anteriores, sobre todo porque se centraban más en la práctica. Por lo general, defendían la necesidad de desarrollar una política auténticamente de clases, abandonar la lógica de los pactos e impulsar las movilizaciones con renovado vigor. En el ámbito internacional proclamaban la independencia del PCE; sin embargo, diferían de los eurocomunistas en que consideraban que la perspectiva de la lucha de clases seguía siendo válida a nivel mundial.⁵²

A este propósito, hay que tener en cuenta que al final de los setenta la política de distensión había llegado a su fin y las dos superpotencias habían reemprendido una dura confrontación. A pesar del cambio en el contexto internacional, los eurocomunistas continuaron denunciando con fuerza las actuaciones soviéticas, como la invasión de Afganistán y, sobre todo, los acontecimientos en Polonia: basta señalar que la instauración de la junta militar de Jaruzelsky fue calificada de «aborto de la historia» y juzgada como el enésimo «irrefutable testimonio del carácter no socialista, no comunista, del tipo de Estado que, a partir de la deformación burocrática y autoritaria del estalinismo, ha ido cristalizando en una serie de países». ⁵³ Los leninistas no se ponían incondicionalmente al lado de la URSS, pero creían que, sobre todo después del fin de la distensión, era absurdo, e incluso contraproducente para todos los comunistas, centrarse más en criticar los errores de la

URSS en Polonia o Afganistán que en condenar la actuación estadounidense en Latinoamérica.⁵⁴ Dicho de otra forma: mientras que Carrillo llegaba a sostener que EE UU, a pesar de sus grandes defectos, presentaban un *way of life* más democrático que la URSS,⁵⁵ la concepción de los leninistas era exactamente la contraria.

Hay que subrayar, finalmente, que en algunos casos, como por ejemplo el madrileño, los leninistas se opusieron al principio del centralismo democrático: después de haber luchado contra la dictadura en el interior con una creciente dosis de autonomía, eran reacios a someterse acriticamente a las directivas emitidas desde arriba y a callarse sus opiniones en nombre de la disciplina partidista.

La afirmación más clamorosa de las posturas ortodoxas tuvo lugar en Cataluña cuando, en el V Congreso del PSUC (enero de 1981), los prosoviéticos y los leninistas conquistaron en el partido respectivamente la presidencia (Pere Ardiaca) y la secretaría general (Francisco Frutos). La línea oficialista quedaba derrotada, hasta el punto de que el cambio de dirección conllevó nada menos que el abandono oficial del eurocomunismo.⁵⁶ Aunque al cabo de unos meses las maniobras de Carrillo lograron restablecer el «orden» en las filas catalanas, tanto a nivel de dirección como de militancia, las disidencias de matiz ortodoxo en todo el país se hacían cada día más visibles e insistentes. La consecuencia fue que muchos de sus exponentes fueron expulsados o abandonaron el PCE.⁵⁷ Así, por ejemplo, Ardiaca promovió la creación del Partit dels Comunistes de Catalunya (PCC), que en 1984 confluirá con el PCEU y otros sectores comunistas ortodoxos en el Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE) impulsado por Ignacio Gallego y apoyado por Moscú.

Las fracturas llegaron a producirse también dentro del propio campo eurocomunista. A finales de los setenta Carrillo y sus fieles juzgaban que el PCE había completado su evolución ideológica y organizativa y creían, por lo tanto, que la simple aplicación de la línea dibujada hasta

entonces había permitido superar las dificultades momentáneas y, además, había garantizado el crecimiento del partido. Frente a esta postura «oficialista» empezaron a levantarse voces que consideraban el eurocomunismo como algo *in fieri*, y que exigían más cambios. La tendencia «renovadora», que tomó forma a lo largo de 1980,⁵⁸ por lo general evaluaba positivamente los planteamientos ideológicos y políticos defendidos por el PCE durante su salida a la superficie y la etapa del *consenso*: sus críticas se centraban más bien en las modalidades organizativas y métodos de trabajo que, según su opinión, tenían que adecuarse coherentemente a los principios del eurocomunismo. Como escribió Pilar Brabo, destacada representante de los renovadores, si «el Partido es un instrumento para hacer la revolución», consecuentemente «la estrategia de la revolución condiciona el tipo de organización del Partido».⁵⁹

Según esta tendencia, las profesiones de fe democrática hacia el exterior, así como los objetivos de hacer «la revolución de la mayoría» y de ampliar las libertades a todos los niveles de la sociedad, contrastaban irremediamente con la adopción de una estructura partidista que, de hecho, impedía que la política del PCE fuera fruto de una verdadera elaboración colectiva. Eso se debía, en primer lugar, a la vigencia del centralismo democrático, que prohibía el mantenimiento de posturas contrarias a las de la dirección, consideradas cánceres para la vida orgánica del partido.⁶⁰ Otras causas residían, como hemos visto, en los caracteres de las agrupaciones y en la posición predominante de los veteranos. Como resultado, los procesos de toma de decisiones y de elaboración teórica quedaban concentrados en manos de Carrillo, quien actuaba como un *Urvater*,⁶¹ y del reducido «círculo interior» de sus colaboradores.⁶² Los renovadores, la mayoría profesionales e intelectuales de las nuevas generaciones, criticaban la imposibilidad de promover soluciones alternativas a las sostenidas por la dirección, como había quedado claro, por ejemplo, con ocasión del I

Congreso del PC del País Valenciano, celebrado en 1978: a pesar de que había sido elegido como secretario general Ernesto García, apoyado por Pilar Brabo, Carrillo impuso una rectificación de dicho resultado de forma que el cargo recayó finalmente en su fiel Palomares.⁶³ El eurocomunismo de «puertas afuera» dejaba espacio en el interior del partido a la persistencia de métodos autocráticos.

Los renovadores, además, denunciaban la decadencia del papel desempeñado por los intelectuales, que, después de la legalización, tanto por las nuevas modalidades organizativas como por el aumento del «obrerismo» en las filas del PCE, habían sido privados de sus facultades de proposición, y habían quedado reducidos a meros técnicos al servicio de una plana mayor que pretendía el monopolio de la teoría. Por estas razones, muchos habían abandonado el partido, de forma que su número bajó de 3000 en 1977 a 400 en 1981.⁶⁴ La dinámica prevista por la AFTC quedaba así gravemente comprometida.

Según los renovadores, por lo tanto, con el eurocomunismo el PCE había abandonado el modelo de «partido-iglesia» en el discurso ideológico, pero con su rígida disciplina en el ámbito organizativo seguía siendo un «partido-cuartel». Eso había determinado su pérdida de atractivo para mucha gente y, consecuentemente, el constante descenso de sus tasas de afiliación.⁶⁵ La revitalización del PCE requería como condición básica el abandono del monolitismo en favor del pluralismo y del libre desarrollo de los debates internos, incluso mediante la difusión de las posiciones minoritarias. Las propuestas renovadoras, además, preveían la transformación del PCE en un partido federal en cuyo marco las organizaciones de los diferentes niveles, aun aceptando un programa general común, gozasen de la más amplia autonomía. De esa forma se mejoraría el enraizamiento del partido en los distintos contextos locales, y ello facilitaría su perspectiva hegemónica. Hay que considerar también que, para los nuevos «herejes», el PCE debía ser el embrión de la futura sociedad pos-

tulada por el eurocomunismo y, por lo tanto, tenía que emprender su descentralización, sobre todo después de la puesta en marcha del Estado de las autonomías, así como establecer mecanismos de toma de decisiones horizontales y cercanos a los militantes. Asimismo, debían disponerse nuevos cauces para una participación efectiva de las fuerzas de la cultura y corregir los defectos de las agrupaciones, combinando la territorialización con la organización por sectores profesionales. Por lo general los renovadores no consideraban necesaria la dimisión de Carrillo, al que habían apoyado en su lucha contra la ortodoxia. Sólo Tamames propuso fijar un límite de edad para el cargo de secretario general (65 años), lo cual, de hecho, implicaba su relevo. El economista llegó hasta el punto de sugerir la creación de una secretaría colegiada compuesta por los secretarios de las nacionalidades y regiones.⁶⁶

Carrillo rechazó totalmente las propuestas renovadoras, reafirmando la necesidad de la disciplina interna y describiendo al PCE como un partido de masas pero «también un partido de cuadros».⁶⁷ Este oxímoron sintetizaba una contradicción fundamental del eurocomunismo oficialista: a pesar de la retórica de la «revolución de la mayoría», todavía consideraba a las masas no como un sujeto consciente y mayor de edad, sino como mano de obra que debía ser guiada por los revolucionarios profesionales.

El X Congreso, previsto para el verano de 1981, fue un momento clave para el futuro del partido. Tamames había abandonado el PCE poco antes, juzgando la situación irreparable. Ya en las conferencias preparatorias se produjo una aproximación entre los oficialistas y los ortodoxos que se habían quedado en el partido: juntos cerraban ahora filas ante los renovadores, cuyos planteamientos parecían una amenaza para la supervivencia del PCE como tal. Efectivamente, el modelo propuesto por los renovadores implicaba el abandono definitivo de toda identidad comunista y la creación de algo totalmente nuevo, tanto que incluso llegó

a plantearse la perspectiva de un cambio de nombre. Para Carrillo eso no era tolerable, porque la renovación debía terminar donde rompía totalmente con la continuidad y se convertía en «liquidación».⁶⁸ La alianza de oficialistas y ortodoxos logró limitar la presencia de los renovadores en las delegaciones asistentes al X Congreso. Sin embargo, hay que subrayar que en la conferencia preparatoria de Madrid se produjo un hecho extraordinario: los leninistas respaldaron la enmienda propuesta por los renovadores a los estatutos, que preveía nada menos que la admisibilidad de las corrientes de opinión. De todas formas, fue una vitoria pírrica, dado que el X Congreso no sólo ratificó la línea oficial, sino que en los nuevos órganos dirigentes allí elegidos la presencia renovadora fue reducida drásticamente: en el PCE, por ejemplo, quedaron sólo Azcárate y Lertxundi.⁶⁹

Las polémicas internas continuaron, y en el otoño de 1981 llegó la rendición de cuentas final. La ocasión fue propiciada por el proceso de convergencia puesto en marcha por el PC de Euskadi (EPK) y Euskadiko Ezkerra, un partido marxista y nacionalista. El objetivo era su fusión en una nueva formación unitaria de la izquierda vasca. Esa perspectiva era inadmisibile para la dirección del PCE porque implicaba, entre otras cosas, la disolución del EPK y no incorporaba el eurocomunismo en el programa de la nueva organización. Además, se consideraba la unificación demasiado repentina y se dudaba acerca de la contradictoria relación de Euskadiko Ezkerra con ETA. Lertxundi, secretario general de EPK, después de cesar en su cargo y ser expulsado del partido, siguió impulsando la creación de la nueva formación. Los renovadores lo apoyaron, coherentemente con su proyecto de descentralización y con la idea del «bloque sociopolítico de progreso». Así, en noviembre, seis miembros del Comité Central (Azcárate, Brabo, Arroyo, Jaime Sartorius, Segura y Alonso Zaldívar) y cinco concejales del Ayuntamiento de Madrid (Almeida, Mangada, Villalonga, Larroque y Martín Palacín) asistieron a un acto de presentación del

proceso de convergencia de la izquierda vasca en el CSIC. Más allá del caso concreto, de esa forma defendían el derecho a expresarse libre y públicamente. Esa posibilidad les fue negada por la dirección que, después de haber pedido una rectificación y no obtenerla, destituyó a los once de sus cargos. Quienes se solidarizaron con los sancionados compartieron su mismo destino. A mediados de 1982, después de numerosas purgas y abandonos, la tendencia renovadora había sido extirpada del PCE.⁷⁰

Con la adopción de métodos autocráticos que negaban definitivamente la posibilidad del pluralismo interno y evidenciaban la presencia en el partido de un estalinismo residual, las esperanzas generadas por el proyecto eurocomunista habían sido enterradas y sustituidas por un profundo desencanto. Como escribió Vázquez Montalbán: «¿Cómo se hace creíble el proyecto de revolución de la mayoría y de vía plural hacia el socialismo? ¿Qué hubiera ocurrido si la dirección del PCE fuera a la vez dirección del Estado y de sus aparatos represivos?».⁷¹

Conclusiones

La crisis acentuó aún más el descenso del nivel de afiliación del PCE, que en 1982 pasó a ser casi la mitad respecto a 1977 (110.000 frente a 200.000). Eso también se debió al hecho de que los ásperos debates internos, además de transmitir falta de confianza hacia el exterior, impidieron al partido centrarse adecuadamente en su trabajo en las instituciones y en la sociedad, lo cual disminuyó considerablemente su eficacia y dificultó la ocupación de un espacio en el nuevo sistema precisamente cuando la progresiva moderación del PSOE abría un vacío a su izquierda. Además, las exigencias diarias hicieron perder de vista al PCE la necesidad de elaborar un proyecto de sociedad alternativo más completo y que llenase de contenido concreto la propuesta eurocomunista. Incluso los renovadores se centraron esencialmente en las cuestiones organizativas del partido y no en la

delineación efectiva de un nuevo modelo social por el que luchar. De esa forma, faltó un elemento fundamental para forjar una nueva identidad y el eurocomunismo acabó asumiendo rasgos tan indefinidos y contradictorios que cesó de ser el poderoso factor de legitimación que había sido antes, para aparecer cada día más como una fórmula propagandística vacía. En ese marco, las elecciones de 1982 fueron una derrota ampliamente anunciada para los comunistas. El PCE obtuvo sólo el 4,1% de los votos y cuatro escaños.⁷² El fracaso electoral llevó a la dimisión de Carrillo y puso fin a una época.

En junio de 1981, Ricardo Lovelace escribió: «La esperanza que a finales de los años sesenta parecía abrirse, en el sentido de que era posible desde las clásicas formaciones comunistas la configuración de partidos de nuevo tipo, capaces de romper con la aberración estalinista, está rotundamente en juego: la cancelación de esa esperanza plantearía la cuestión comunista definitivamente sobre nuevas bases». Poco antes el mismo autor había afirmado que si el PCE no hubiera logrado salir de la crisis, se habría evidenciado «que desde dentro de los viejos instrumentos conformados en la III Internacional no cabía una auténtica transformación».⁷³

Efectivamente, la trayectoria del eurocomunismo español puso de relieve la extrema resistencia al cambio intrínseca a los PPCC. En los cincuenta el PCE había puesto en marcha una «trampa de la democratización» que, llevada a sus consecuencias lógicas, requería la adopción integral de principios contrapuestos no sólo a sus pilares de identidad tradicionales y formales sino también, y aquí está quizás el elemento más importante, a los pilares factuales de su identidad, es decir, a los hábitos que habían caracterizado la cultura y la práctica política de los comunistas durante décadas. El eurocomunismo español logró derrumbar los primeros, relativos esencialmente a la dimensión externa, pero encalló cuando llegó el momento de hacer lo mismo con los segundos, que afectaban directamente las dinámicas internas del partido y su

estructura de poder. La dirección del PCE, con la vista puesta en su legitimación a los ojos de la opinión pública, quería que el eurocomunismo fuera una «democratización a medias». Sin embargo, la «trampa de la democratización» no podía pararse fácilmente y, con los renovadores como agentes, estalló provocando el colapso del partido. No fue posible forjar una identidad eurocomunista definida y compartida, y, por lo tanto, se perdieron los viejos apoyos sin lograr conquistar un público nuevo.

Esa obra de redefinición se vio dificultada, además, por la superposición de la transición del PCE con la transición del régimen político español, durante la cual el partido, por responsabilidad o por el intento de ampliar sus cuotas de poder, no sólo actuó de manera que contradecía sus proposiciones teóricas, sino que renunció también a algunas identidades contextuales como, por ejemplo, la de «partido del antifranquismo». De todas formas, hay que subrayar que, independientemente de la conducta del PCE, el éxito del proyecto eurocomunista requería un clima político propenso a la colaboración, que se echó en falta con el fin del *consenso* en España y de la distensión en ámbito internacional.

Después de unos años de reajuste, en 1986 el PCE fue la mayor organización fundadora de Izquierda Unida, con diferentes partidos y grupos progresistas en su interior y que puede considerarse en cierto sentido la concreción de aquella nueva formación política postulada por el eurocomunismo más de una década antes.

NOTAS

- * Agradezco a Blanca Villa Jiménez la revisión del español de este artículo
- ¹ PRESTON, Paul, «The PCE's long road to democracy», en KINDERSLEY, Richard (ed.), *In search of Eurocommunism*, Londres, MacMillan, 1981, pp. 36-65. Sobre la Política de Reconciliación Nacional: *Estrategias de alianzas y políticas unitarias en la historia del PCE*, monográfico de *Papeles de la FIM*, 24, 2006.
- ² Véase por ejemplo: CARRILLO, Santiago, *Después de Franco, ¿Qué?*, París, Editions Sociales, 1965; «Un pacto para la libertad que ponga en manos del pueblo el poder de decisión», *Mundo Obrero (MO)*, 2-IX-1969; *Resoluciones aprobadas en el VIII Congreso*, 1972, Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE), Documentos (Doc.), Actas Congresos (AC).
- ³ PALA, Giaime y NENCIONI, Tommaso, «La nueva orientación de 1968. El PCE-PSUC ante la Primavera de Praga», en Id. (eds.), *El inicio del fin del mito soviético*, Barcelona, El Viejo Topo, 2008, pp. 139-201; TREGLIA, Emanuele, «La elección de la vía nacional. La Primavera de Praga y la evolución política del PCE», *Historia del Presente*, 16, 2010, pp. 84-96.
- ⁴ *Pleno del CC del PCE*, abril 1974, p. 34, AHPCE, Dirigentes (Dir.), caja (c.) 6.
- ⁵ *Overview of Spanish Political Forces*, 4-VI-1975, National Archives and Records Administration (NARA), Central Foreign Policy Files.
- ⁶ SARTORIUS, Nicolás y SABIO, Alberto, *El final de la dictadura*, Madrid, Temas de Hoy, 2007; GALLEGU, Ferrán, *El mito de la Transición*, Barcelona, Crítica, 2008; TREGLIA, Emanuele, *Fuera de las catacumbas*, Madrid, Eneida, 2011 (en prensa).
- ⁷ *Informe presentado al pleno del CC del PCE*, julio 1976, p. 32, AHPCE, Dir., c. 6.
- ⁸ Los puntos principales de este tipo de crítica habían sido desarrollados por Azcárate unos años antes y provocado graves fricciones con el PCUS: *Dossier Azcárate-Partinaia Jisn*, 1973-1974, AHPCE, Dir., c. 1.
- ⁹ CARRILLO, Santiago, *Eurocomunismo y Estado*, Barcelona, Crítica, 1977, pp. 199, 207-208.
- ¹⁰ Para la interpretación del PCE a propósito de la distensión y sus implicaciones: *II Conferencia nacional del PCE. Informe de S. Carrillo*, septiembre 1975, pp. 14-16, AHPCE, Doc., carpeta (carp.) 56; AZCÁRATE, Manuel, «Los bloques y la distensión», *El País*, 16-XII-1978.
- ¹¹ Véanse las resoluciones sobre política internacional del VIII y IX Congreso del partido, en AHPCE, Doc., AC. Ver además: *Intervención de Santiago Carrillo en la Conferencia de los PP. CC. y OO. de Europa*, junio 1976, suplemento de *MO*; AZCÁRATE, Manuel, *Crisis del eurocomunismo*, Barcelona, Argos Vergara, 1982.
- ¹² CARRILLO, Santiago, *Hacia la libertad*, 1972, p. 82, AHPCE, Doc., AC.
- ¹³ *Id.*, *Eurocomunismo y Estado*, cit., p. 195.
- ¹⁴ LOVELACE, Ricardo, «La Revolución como problema», *Nuestra Bandera (NB)*, 92, 1978, pp. 67-71.
- ¹⁵ CARRILLO, Santiago, *Nuevos enfoques a problemas de hoy*, París, Editions Sociales, 1967, pp. 168-179; *Id.*, *La lucha por el socialismo, hoy*, París, Editions Sociales, 1968; LÓPEZ SALINAS, Armando, *La Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura*, Madrid, Forma, 1977.
- ¹⁶ BRABO, Pilar, «Comunistas y socialistas ante la perspectiva del socialismo en Europa», *NB*, 91, 1978, p. 28; *Manifiesto Programa del PCE*, septiembre 1975, AHPCE, Doc., carp. 56; CARRILLO, Santiago, «La nueva formación política», *NB*, 111, 1982, pp. 6-9; SARTORIUS, Nicolás, «Los sujetos de la revolución y la política de alianzas», en VV.AA., *Vías democráticas al socialismo*, Madrid, Ayuso, 1981, pp. 195-210.
- ¹⁷ TRIANA, Eugenio, «La práctica del eurocomunismo», *El País*, 10-XI-1977.
- ¹⁸ VV.AA., *Un futuro para España*, París, Editions Sociales, 1967; CARRILLO, Santiago, *Eurocomunismo y Estado*, cit.; INFANTE, Alberto, «Sobre la teoría política del eurocomunismo», *NB*, 97, 1979; PLÁ, Rafael, «Comunismo y libertad», *Argumentos*, 16, 1978.
- ¹⁹ Los artículos de *Novoie Vremia* y la declaración del CC del PCE se encuentran en *Dossier. Sobre la polémica en torno al artículo de la revista soviética Tiempos Nuevos*, Barcelona, Crítica, 1977.
- ²⁰ SEMPRÚN, Jorge, «Moscú y el PCE», *Triunfo*, 2-VII-1977.
- ²¹ Ver los artículos de *L'Unità* y *L'Humanité* en *Dossier. Sobre la polémica...*, cit.
- ²² MORÁN, Gregorio, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España*, Barcelona, Planeta, 1986, pp. 472 y ss. Ya, 19-III-1977.
- ²³ ANDREW, Christopher y MITROKHIN, Vasili, *The Sword and the Shield*, Nueva York, Basic Books, 2001, pp. 301-302; *Arriba*, 24-V-1977.
- ²⁴ BOSCO, Anna, *Comunisti*, Bolonia, Il Mulino, 2000, pp. 49 y ss.
- ²⁵ Ver los recortes de prensa nacional e internacional sobre la cumbre eurocomunista en AHPCE, Doc., carp. 58. La evolución de la opinión pública hacia el PCE en VARELAGUINOT, Helena, *La legalización del Partido Comunista de España*, Madrid, Juan March, 1990.
- ²⁶ *The Spanish Communist Party Then and Now*, 14-IV-1976, National Archives and Records Administration (NARA), Central Foreign Policy Files.
- ²⁷ GUNTHER, Richard, SANI, Giacomo y SHABAD, Goldie, *El sistema de partidos políticos en España*, Madrid, CIS, 1986, pp. 130 y ss.
- ²⁸ *Informe de Carrillo al CC*, abril 1977, AHPCE, Dir., c. 6; «Intervención de Santiago Carrillo en el Congreso el 27 de julio de 1977», *MO*, 3-VIII-1977; LOVELACE, Ricardo, «La Revolución como problema», cit.; «Propuesta de un programa de mayoría», *MO*, 31-V-1978.
- ²⁹ TAMAMES, Ramón, *Una explicación de los acuerdos de la Moncloa*, octubre 1977, AHPCE, Doc., carp. 58; CARRILLO, Santiago, «La Moncloa, el Eurocomunismo, el Partido», *NB*, 90, 1977, pp. 29-42.
- ³⁰ ALONSO-CASTRILLO, Silvia, *La apuesta del centro*, Madrid, Alianza, 1996; JULIÁ, Santos, *Los socialistas en la política española*, Madrid, Taurus, 1997, pp. 469 y ss.
- ³¹ Sobre pactos de la Moncloa y desmovilización en general: *Pleno del CC. Informe sobre política organizativa*, junio 1977, AHPCE, Doc., carp. 58; ARAYA, Rodrigo, «Asegurar el pan

- y la libertad. La postura de Comisiones Obreras ante el Pacto de la Moncloa», *Historia del Presente*, 14, 2009, pp. 151-164. Para la influencia del golpe chileno: SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Jesús, *Teoría y práctica democrática en el PCE*, Madrid, FIM, 2004, pp. 173 y ss. Sobre moderación y apoyo a Suárez: *Diario de sesiones del Congreso de los Diputados*, 6-IV-1978, pp. 1329-1334; BOTELLA, Joan, «Spanish communism in crisis», en WALLER, Michael y FENNEMA, Meindert (eds.), *Communist Parties in Western Europe*, Londres, Blackwell, 1988, pp. 69-85.
- ³³ De todas formas, hay que señalar que según Carrillo en el otoño de 1978 Suárez solicitó al PCE para hacer un acuerdo de mayoría que luego no fue viable: *Diario de sesiones del Congreso de los Diputados*, 28-V-1980, p. 6107.
- ³⁴ «Las agrupaciones comunistas», *MO*, 8-XI-1976; DÍAZ CARDIEL, Víctor, «Adaptar el partido al territorio», *MO*, 27-VII-1977.
- ³⁵ «Aspectos críticos de funcionamiento interno», en *Tribuna del III Congreso del PC de Euskadi*, agosto 1977, AHPCE, Doc., carp. 58; RODRÍGUEZ, Marta y SEGURA, Julio, «Los problemas de las agrupaciones de base», *NB*, 96, 1978, pp. 30-31.
- ³⁶ VEGA, Pedro y ERROTETA, Peru, *Los herejes del PCE*, Barcelona, Planeta, 1982, pp. 15 y ss.
- ³⁷ Testimonio de Miguel Naveros, del Comité Universitario del PCE de Madrid, recogido en ELORDI, Carlos, «El PCE por dentro», *La Calle*, 21-I-1980, p. 26.
- ³⁸ VILAR, Sergio, «La explotación del militante por el dirigente», *El Viejo Topo*, extra/4, 1979, pp. 40-43.
- ³⁹ SÁNCHEZ MONTERO, Simón, «Ante un congreso histórico», *MO*, 1-II-1978.
- ⁴⁰ GARCÍA, Ernesto, «Las revisiones de Lenin», *NB*, 92, 1978, p. 14. A este propósito ver también los otros artículos del mismo número.
- ⁴¹ HARNECKER, Marta, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, Madrid, Siglo XXI, 2007.
- ⁴² *Carta de Jesús López Varela*, 25-III-1978, y *Carta de Pedro Robles*, 22-III-1978, ambas en la *Tribuna del IX Congreso*, AHPCE, Doc., AC. Ver también las otras cartas contenidas en esta carpeta y en la *Tribuna* Congresual de *MO*.
- ⁴³ *V Conferencia de Madrid. Debates sobre las propuestas de tesis para el IX Congreso*, 17-19 marzo 1978, AHPCE, Nacionalidades y Regiones (NyR), Madrid, c. 65; *Debates pre-congresuales*, abril 1978, AHPCE, Doc., AC; CLAUDÍN, Fernando, *Santiago Carrillo*, Barcelona, Planeta, 1983, pp. 293-294.
- ⁴⁴ *Informe de S. Carrillo*, abril 1978, p. 45, AHPCE, Doc., AC.
- ⁴⁵ JULIÁ, Santos, «Sociedad y política», en TUÑÓN DE LARA, Manuel, *Transición y democracia*, Barcelona, Labor, 1992, pp. 109 y ss.
- ⁴⁶ *Pleno del CC del PCE*, 11-XI-1979, y *VI Conferencia Provincial de Madrid*, diciembre 1979, pp. 9-10, ambos en AHPCE, Doc., carp. 60; «La izquierda, unida, debe hacer sentir su peso», *MO*, 26-IV-1979. La propuesta de un gobierno de concentración encontró renovado vigor después de las dimisiones de Suárez y del 23-F: *Comunicado del CE del PCE*, enero 1981, y *Declaración del CE del PCE*, 25-II-1981, ambos en AHPCE, Doc., carp. 62.
- ⁴⁷ ZALDÍVAR, Carlos, «La actividad de los comunistas en los municipios», mayo 1978, AHPCE, Doc., carp. 60; ZALDÍVAR, Carlos, BORJA, Jordi y CASTELLS, Manuel, «La política municipal hoy en la estrategia eurocomunista española», *NB*, 101, 1979, pp. 9-16; *MO*, 11-IV-1979.
- ⁴⁸ *Conferencia de organización*, mayo 1982, AHPCE, NyR, Madrid, c. 65.
- ⁴⁹ SEMPERE, Joaquín, «Un malestar en busca de coordenadas», *NB*, 106, 1981, p. 31; GARCÍA SALVE, Francisco, *Por qué somos comunistas*, Madrid, Penthalon, 1981.
- ⁵⁰ VILAR, Sergio, *Por qué se ha destruido el PCE*, Barcelona, Plaza & Janés, 1986, p. 23. Véase la intervención de Alfredo Clemente en *Reunión de militantes obreros comunistas*, 17-18 mayo 1980, pp. 30-32.
- ⁵¹ Para las diferencias generacionales del PCE en esta fase: LINZ, Juan, «A sociological look at spanish communism», en SCHWAB, George, *Eurocommunism*, Londres, Greenwood, 1981, pp. 217-268.
- ⁵² *Ante la crisis de nuestro Partido, a todos los comunistas*, 25-I-1982, cit. en VEGA, Pedro y ERROTETA, Peru, cit., pp. 317-328; «La crisis del PCE (IV)»; *Diario I 6*, 25-IX-1980.
- ⁵³ «Un aborto de la historia», *MO*, 7-I-1982; *Resolución del CC del PCE sobre la situación en Polonia*, 9-10 enero 1982, AHPCE, Doc., carp. 63; «Resolución del CE del PCE, 10-IX-1980», *MO*, 18-IX-1980. Sobre Afganistán: *Informe de S. Carrillo al CC*, febrero 1980, AHPCE, Doc., carp. 61; «Ante la intervención en Afganistán», *MO*, 18-I-1980.
- ⁵⁴ Se expresaban en este sentido también muchas cartas de militantes sobre el caso polaco publicadas en *MO* entre el 4-II-1982 y el 11-III-1982.
- ⁵⁵ Declaración citada en ANDREW, Christopher y MITROKHIN, Vasili, cit., p. 302.
- ⁵⁶ Recientemente estos acontecimientos han sido analizados detalladamente en MOLINERO, Carmen e YSÀS, Pere, *Els anys del PSUC*, Barcelona, L'Avenc, 2010, pp. 305 y ss. Véase por ejemplo: *Pleno del CC del PCE*, 7-V-1981, AHPCE, Dir., c. 1.3.
- ⁵⁸ Cabe subrayar que la crisis abierta en el P. C. de Asturias en 1978 anticipó muchos de los rasgos del enfrentamiento entre renovadores y oficialistas: VEGA, Rubén, «El PCE asturiano en el tardofranquismo y la Transición», en ERICE, Francisco (ed.), *Los comunistas en Asturias*, Gijón, Trea, 1996, pp. 169-213.
- ⁵⁹ BRABO, Pilar, «Eurocomunismo y partido», *NB*, 106, 1981, pp. 21-23.
- ⁶⁰ WALLER, Michael, *Democratic centralism. An historical Commentary*, Manchester, MUP, 1981.
- ⁶¹ TAMAMES, Ramón, *Memorias*, inédito (se agradece al autor).
- ⁶² Sobre el concepto de «círculo interior»: DUVERGER, Maurice, *Los partidos políticos*, Madrid, FCE, 1981, pp. 181 y ss.
- ⁶³ MORÁN, Gregorio, cit., pp. 576-577.
- ⁶⁴ MUJAL-LEÓN, Eusebio, *Communism and political change in Spain*, Bloomington, IUP, 1983, pp. 196-200; «Eugenio Triana abandona el PCE», *MO*, 9-IV-1981; *Diario I 6*, 26-III-1980.
- ⁶⁵ «Mesa redonda sobre problemas organizativos en el PCE», *NB*, 96, 1978, pp. 10-20; «El debate en el CC (II)», *MO*, 27-XI-1980.

- ⁶⁶ «El debate en el CC», *MO*, 20-XI-1980; AZCÁRATE, Manuel, «¿Qué tipo de partido?», *La Calle*, 22-VI-1981; TAMAMES, Ramón, *Memorias*, cit.; GARCÍA, Ernesto, «Sobre el partido», *MO*, 18-VI-1981.
- ⁶⁷ CARRILLO, Santiago, «Un partido eurocomunista con disciplina común», *MO*, 14-VIII-1980.
- ⁶⁸ *Intervención de Carrillo en el CC del PCE*, 2-VII-1982, AHPCE, Dir., c. 28.
- ⁶⁹ *Actas del X Congreso del PCE*, julio 1981, AHPCE, Doc., AC; AZCÁRATE, Manuel, *Crisis...*, cit., pp. 329-343.
- ⁷⁰ «Dossier sobre el proceso de convergencia en Euskadi», *MO*, 12-XI-1981; «¿Qué pasa en el PCE?», diciembre 1981, AHPCE, Doc., carp. 62; *Reunión del CP de Madrid*, noviembre 1981, AHPCE, NyR, Madrid, c. 65; «Reunión del CC, 10-11 noviembre», *MO*, 26-XI-1981; «El calvario de Ca-

rrillo y las purgas comunistas», *Diario 16*, 2-I-1982; VEGA, Pedro y ERROTETA, Peru, cit., pp. 256 y ss.

- ⁷¹ VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, «Entre la purga y la disciplina», *La Calle*, 23-XI-1981.
- ⁷² Las variaciones de los resultados electorales del PCE entre 1979 y 1982, provincia por provincia, en GUNTHER, Richard, «Los Partidos Comunistas de España», en LINZ, Juan y MONTERO, José (eds.), *Crisis y cambio*, Madrid, CEC, 1986, p. 504.
- ⁷³ LOVELACE, Ricardo, «La cuestión comunista en España», *La Calle*, 1-VI-1981, y «Contradicciones comunistas», *Diario 16*, 12-I-1981.



